

continua atención que prestó el Beato Josemaría por las necesidades espirituales y materiales de sus paisanos. El Concordato de 1851 había determinado la supresión de esa diócesis, que había de incorporarse a la de Huesca, y dejaba la Catedral en la categoría de colegiata. La supresión no llegó a efectuarse pero al morir Mons. Jaime Fort y Puig transcurrió un periodo de casi un siglo sin obispo residencial. En 1952 se nombra a D. Pedro Cantero al que suceden otros preladados pero todos ellos con permanencias muy breves. Vuelven entonces los comentarios, avalados por informaciones de las autoridades eclesiales y civiles, de la definitiva supresión de la diócesis de Barbastro. Las intervenciones del Beato Josemaría ante los que podían decidir esta cuestión fueron intensas y la concesión de la Medalla de oro de la ciudad a la que siguieron posteriormente el nombramiento de barbastrense del año y la dedicación de la mejor avenida de la ciudad. El nombramiento de Hijo Predilecto de la ciudad es una muestra de la correspondencia de los barbastrenses al cariño que él les tenía y que les manifestaba tanto en privado como en pñblico. Varias de estas manifestaciones son también recogidas en el libro.

El libro se completa con la reproducción de abundante correspondencia mantenida con barbastrenses. Encontramos cartas cruzadas con autoridades o con familiares y viejos conocidos. En todas ellas descubrimos un auténtico cariño por su tierra y por sus gentes. Numerosas fotografías ilustran la última parte del estudio.

P. Estaun

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

V. M. CAPDEVILA I MONTANER, *Liberación y divinización del hombre. Teolo-*

gía de la gracia, vol. II, Ediciones Secretariado Trinitario, Salamanca 1994, 618 pp., 23 x 14.

Después de diez años de publicar el volumen primero (*Liberación y divinización del hombre. Teología de la gracia*, Ediciones Secretariado Trinitario, Salamanca 1984, v. 1, 439 pp., 23x14 cm.), el profesor Capdevila, del Seminario de Girona y de la Facultad de Teología de Barcelona, vuelve a mostrar su buen quehacer teológico en una obra que se distingue por su profundidad de pensamiento, así como por la erudición de su autor, avezado desde hace años en la enseñanza de la Teología, así como en la investigación rigurosa y tenaz, ponderada y clarividente.

Ya en la introducción del primer volumen, nos recordaba que «la gracia de Cristo es siempre a la vez liberación y divinización. Son dos aspectos inseparables de la misma realidad salvífica. Insistir en la liberación con menoscabo de la divinización lleva consigo el riesgo de minimizar la redención de Jesucristo...» (o. c., p. 11). Al igual que ocurre a lo largo de exposición, se formulan una serie de verdades que, sin entrar en polémica, ofrecen la clave para enfocar adecuadamente problemas de actualidad. En la exposición sistemática se pone de relieve la dimensión histórica, pero no es una historia de la teología de la gracia, pues su esquema es más sencillo: «Qué es la gracia y su necesidad; cómo se llega a la gracia de la justificación; la unión con Dios y la transformación interior del hombre; la caridad, expresión de la vida de gracia; la voluntad salvífica de Dios y la responsabilidad humana; en tensión hacia un futuro; Oriente y Occidente» (p. 10). Se recuerdan puntos del primer volumen, completando la materia bíblica, que allí se centraba en San Juan. A este respecto se echa de menos un índice de citas

bíblicas, como se hizo antes, aunque quizá al ser este segundo volumen eminentemente teológico se haya considerado innecesario. Como nos dice Capdevila «el libro se dirige principalmente a los alumnos. Se ha escrito pensando en ellos, aunque no son sus únicos destinatarios. Lo son también las almas consagradas y los laicos» (p. 11).

La obra se articula en seis partes, precedidas de unos capítulos introductorios. La abundante bibliografía se distribuye en diferentes apartados, no sólo temáticos, sino también onomásticos de los autores más significativos en este importante campo. Entre los documentos del Magisterio figura el Catecismo de la Iglesia Católica, aunque dada la proximidad de ambas publicaciones no se haya podido utilizar con más extensión y profundidad. No obstante, en más de una ocasión se cita (cfr. p. 60, n. 35).

Antes de entrar en el desarrollo de cada una de las partes, se presenta un breve resumen de los diversos capítulos que, sin duda, ayudan «al lector a recorrer con más fruto los áridos caminos del análisis» (p. 42). Parte de la base de que todo estudio sobre la gracia es un acercamiento al misterio divino. «Este misterio habla, por una parte, del amor inefable que Dios manifiesta al hombre al llamarle... Para el hombre «Dios es caridad» (1 Jn 4, 8. 16). Ante este Amor, la especulación teológica debe ceder su lugar a la adoración humilde. Por otra parte, la consideración de este misterio descubre la dignidad del hombre, no ya por razón de su naturaleza, sino de su vocación: 'Nos hiciste para ti, y nuestro corazón estará inquieto mientras no descanse en ti'» (p. 43).

Como es lógico S. Agustín es uno de los Santos Padres más citados, aunque no se olvide de los demás. También recurre los clásicos de espiritualidad cuando, por experiencia propia, nos

pueden ilustrar en qué consiste la unión mística y real de Dios y el hombre. Otros autores, teólogos tanto católicos como protestantes, desfilan de continuo ante el lector, destacando el Aquinatenso y Lutero, a quien se refiere en términos ponderados, y al mismo tiempo claros. Estima que «no pretendió dividir la Iglesia, sino reformarla de acuerdo con el Evangelio del que pensaba se había apartado en su doctrina, en sus instituciones, en sus costumbres. Esas vivencias religiosas las expone en su extensísima obra en forma apasionada y fascinante. Es polémico hasta deshacerse en insultos contra la Iglesia, contra el papa, contra cualquier enemigo personal. Dogmatiza inflexiblemente. Es reiterativo hasta la obsesión. Prefiere la intuición al discurso. Ama la paradoja y la hipérbole. Pero no deja de ser impreciso, fluctuante y hasta con frecuencia contradictorio. De ahí que sea muy difícil precisar su pensamiento» (p. 120).

Al hablar de la justificación se extiende en la doctrina joánica y la paulina, señalando sus relaciones y complementariedad (cfr. pp. 67 y 120). Quizá hubiera sido conveniente tocar en este tema los textos de la epístola de Santiago. Quizá al no ser aceptada por Lutero, ha estimado conveniente omitirla.

Podemos destacar el capítulo XVII, dedicado a la predestinación y la reprobación. Por su claridad cita el Concilio provincial de Quierzy que destaca: 1) Dios quiere que todos se salven, 2) los que se salvan es por don del Salvador, y 3) los que se pierden es por su culpa. Son afirmaciones de fe, aunque su explicación exige muchos matices. Termina diciendo que «la única actitud posible ante la caridad sin límites de Dios y la responsabilidad propia es el abandono confiado a la misericordia divina, la disponibilidad humilde y activa ante todos los designios de la voluntad de Dios y la desconfianza en sí mismo» (p. 505).

Sólo nos queda repetir que estamos ante una obra de gran madurez teológica, fruto de muchas horas de trabajo y de oración. Es cierto que se han deslizado numerosas erratas, pero ello no desmerece del valor de sus reflexiones teológicas, así como del impresionante acopio de materiales de primera mano que aporta.

A. García-Moreno

Adrien NOCENT, *Le renouveau liturgique. Une relecture*, «Le point théologique» 58, Beauchesne, Paris 1995, 175 pp. 13, 5 x 21, 5.

Cuando han pasado treinta años largos desde que fue promulgada la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, cuando todos los libros litúrgicos —excepto el martirologio— llevan varios lustros en uso, es ya hora de hacer un balance de cuanto la renovación conciliar ha supuesto en un aspecto tan importante de la vida de la Iglesia. Muchos son los que han procedido a esta reflexión. Entre ellos se cuenta el profesor Adrien Nocent, voz autorizada después de sus muchos años de docencia en el Pontificio Instituto Litúrgico de Roma y de sus valiosas publicaciones en torno a la reforma litúrgica en cuyo proceso intervino de modo muy activo.

La «relectura» del profesor Nocent parte de una valoración altamente positiva del resultado obtenido por la renovación conciliar, operada sobre una sólida base dogmática, histórica y pastoral, con el fruto de una comprensión más profunda y una mayor participación del pueblo cristiano en los divinos misterios. Sin embargo, los años transcurridos nos dan también la perspectiva para observar los aspectos de la renovación litúrgica susceptibles de mejora. Surgirán así algunas propuestas re-

formadoras que, como acertadamente insiste el autor, no deberán nunca ser aplicadas por iniciativa individual, mientras no sean acogidas y promulgadas por la legítima autoridad.

Las sugerencias de A. Nocent se presentan divididas en cuatro apartados: celebración eucarística, iniciación cristiana, sacramento de la reconciliación y relectura global de la reforma.

Algunas propuestas afectan a cuestiones de detalle. Así sucede cuando, en la primera parte de su trabajo, trata de la simplificación de los ritos iniciales de la reunión eucarística, de la traslación del gesto de la paz al momento de la presentación de los dones... Otras sugerencias son de mayor calado. Así, el autor propone que durante la liturgia de la Palabra de los domingos del tiempo ordinario, la lectura semicontinua de las cartas apostólicas se sustituya por la lectura temática, a partir de una selección de fragmentos, escogidos en función de la unidad de contenido con las otras dos lecturas. A. Nocent ofrece, incluso, un elenco de las pericopas que podrían elegirse para cada uno de los tres ciclos del tiempo ordinario. Y justifica su propuesta en la dificultad que los pastores encuentran hoy para que la homilía armonice los textos proclamados. Por el contrario, según el esquema alternativo, podrían explicarse a los fieles todas las lecturas, de modo unitario.

La idea del autor nos parece interesante. Pero consideramos que el esquema propuesto tendría el inconveniente de desarticular la exposición de cada una de las epístolas, que, de este modo, quedarían excesivamente fragmentadas. ¿Es preciso que toda lectura proclamada haya de ser predicada? ¿No cabría la posibilidad de que la homilía se centre en el Evangelio, iluminado por la lectura del Antiguo Testamento, mientras la segunda lectura se haga inteligible con